

meno cierto de doble vista, ó para hablar con más exactitud, un ejemplo de los extraños sincronismos psíquicos que la ciencia estudia al presente con más entusiasmo que fortuna?»

—Quizá sea otra cosa—respondí—. ¿Estás seguro de que no tenían amores Marcelo Geraud y la señora de Buquet?

—Yo jamás observé nada. Y sobre todo, esto no hace al caso.

## EL CAMAFEO

Atento á su amable invitación, á las doce fui á su casa. Mientras almorzábamos en aquel comedor, tan largo como una nave de iglesia, donde ha reunido un tesoro de antigüedades de plata, le hallé, no precisamente triste, pero sí muy caviloso. De vez en cuando chisporroteaba en sus frases la elegancia sutil de su ingenio, y lucía sencillamente sus delicados gustos artísticos, ó recordaba sus aficiones cinegéticas, tan exaltadas que no cedieron ni cuando se abrió la cabeza en una caída de caballo; pero sus ideas desvaneciáanse de pronto, como si una tras otra chocaran en un obstáculo infranqueable.

De aquella conversación bastante dificultosa y confusa, deduje solamente que acababa de enviar un par de pavos reales blancos

á su castillo de Raray, y que llevaba cerca de un mes alejado en absoluto de sus amigos, incluso de los más íntimos, como el señor y la señora de N\*\*\*.

Evidentemente no me había llamado sólo para hacerme semejantes confidencias. Mientras tomábamos el café preguntéle si tenía que decirme algo interesante. Miróme sorprendido y exclamó:

—¿Si tengo algo que decirte?

—Naturalmente; recuerda tu carta; me escribiste: «Ven á almorzar mañana conmigo. Deseo hablarte.»

Al verle silencioso y distraído saqué su carta. En el sobre lucía su magnífica letra, un poco temblona. En el reverso tenía un sello de lacre violeta.

Se pasó la mano por la frente.

—Ya, ya recuerdo. Hazme el favor de llegarte á casa de Feral, donde te enseñarán un boceto de Romney, una mujer joven con hermosa cabellera rubia, cuyos reflejos doran la frente y las mejillas... Sus pupilas azul oscuro azulean toda la órbita del ojo... Su piel es fresca y ardiente... Delicioso; pero

tiene el brazo un poco apergaminado. En fin; examínalo y procura enterarte de...

Se interrumpió.

Ya con la mano en el picaporte, dijo:

—Espérame. Voy á vestirme; saldremos juntos.

Al quedarme solo en el comedor, acerquéme á la ventana y contemplé el sello de lacre violeta con más atención que antes. Era una figura de camafeo, un sátiro que levantaba los velos de una ninfa dormida al pie de una pilastra y á la sombra de un laurel, asunto favorito de los pintores y de los grabadores de la mejor época romana. Aquel vaciado me pareció excelente. La pureza del estilo, el incomparable sentimiento de la forma y la armonía de la composición en una obra del tamaño de una uña, daban al asunto importancia y grandeza.

Aún la contemplaba yo entusiasmado, cuando asomó por la puerta entreabierta mi amigo; llevaba el sombrero puesto, y parecía tener prisa por salir.

Alabé su sello:

—No te conocía tan hermosa piedra.

Respondióme que la tenía en su poder desde fecha reciente, cosa de mes y medio. Quitóse la del dedo, donde la llevaba montada en una sortija, y me la presentó.

Sabido es que la mayoría de las piedras grabadas en ese hermoso estilo clásico son cornalinas; por lo tanto me sorprendió al ver una gema sin brillo, de color violeta oscuro.

—¡Vaya!—exclamé—, ¡un amatista!

—Sí, una piedra triste, ¿verdad? Una piedra de mal augurio. ¿Crees que es antigua?

Mandó traer un lente. El cristal de aumento me permitió admirar mejor la finura del vaciado. Era, sin género de duda, una obra maestra de la glíptica griega de los primeros tiempos del Imperio, y no había visto yo nada más hermoso en el Museo de Nápoles, donde hay reunidas tantas piedras preciosas. Con el catalejo distinguíase sobre la columna truncada el emblema frecuentemente repetido en los monumentos consagrados á los personajes del ciclo de Baco. Se lo hice observar.

Encogióse de hombros y sonrió. La pie-

dra estaba montada al aire, y al examinar el reverso extrañóme ver algunos signos trazados con una torpeza chocante, y que databan evidentemente de una época muy posterior á la de la talla. Tenían cierto parecido con los grabados de los abraxas, tan familiares á los anticuarios, y á pesar de mi inexperiencia, creí reconocer signos cabalísticos. Tal era también la opinión de mi amigo.

—Pretenden—me dijo—que es una fórmula mágica de las imprecaciones que se encuentran en un poeta griego.

—¿En cuál?

—No los conozco bien.

—¿Teócrito?

—Quizá sea Teócrito.

Con el lente pude leer un grupo de cuatro letras.

KHPH

—Eso no es una palabra—dijo mi amigo. Hícele observar que en griego significaba

KERE

Le devolví la piedra; y la contempló largo rato con una especie de estupefacción antes de volver á ponérsela en el dedo. Luego dijo, impaciente:

—¡Salgámonos, salgámonos! ¿Adónde vas?

—Hacia la Magdalena; ¿y tú?

—¿Yo... ¿Adónde voy?... ¡Ah, sí! Voy á casa de Gaulot, á ver un caballo. No quiere formalizar la compra sin que yo le dé mi opinión; ya sabes que soy chalán, y hasta un poco veterinario. Soy también cambalache-ro, tapicero, arquitecto, horticultor y, en caso preciso, comisionista. Les daría ciento y raya á todos los judíos si no fuese tan fatigoso tratar con ellos.

Avanzamos por el *faubourg* y mi amigo apresuró el paso de una manera que contrastaba con su indolencia habitual. Pronto anduvo con tanta rapidez, que me costaba un esfuerzo seguirle. Una mujer, elegantemente vestida, iba delante de nosotros. Me hizo reparar en ella.

—Su cuerpo no es muy esbelto y su cintura es algo ancha; pero mira el tobillo. Estoy

seguro de que la pierna es encantadora. ¿Ves? Los caballos, las mujeres y todos los animales hermosos, están formados de igual manera. Sus miembros, gruesos y redondeados en las partes carnosas, van adelgazándose hacia las articulaciones, donde aparece la finura de los huesos. Mira esa mujer: de cintura arriba no vale nada; pero si bajas los ojos advertirás que su forma libre y potente va reduciendo las carnosidades hermosas y bien equilibradas. ¡Mira qué fina es la parte baja de la pierna! Estoy seguro de que tiene la corva pujante y esbelta, lo cual es verdaderamente admirable.

Con absoluto conocimiento, bien adquirido y que me comunicaba gustoso, añadió: —No puede exigirse á una mujer que lo reúna todo, y debemos conformarnos con lo exquisito, esté donde esté. ¡Aun así es difícil hallarlo!

Inmediatamente, por una misteriosa asociación de ideas, alzó el dedo meñique para contemplar su sortija. Yo le dije:

—¿Has substituído con esta maravillosa bacanal tu escudo, tu encina?

—¡Ah! sí, la encina que simbolizaba la gloria de mis antepasados. Mi bisabuelo era en Poitou, en tiempo de Luis XVI, lo que se llama un hidalgo, es decir, un plebeyo ennoblecido. Luego fué miembro del club revolucionario de Poitiers y acaparador de bienes nacionales, lo cual me asegura hoy la amistad de los príncipes y un rango aristocrático en nuestra sociedad de israelitas americanos. ¿Por qué no uso mi heráldico arbolito, mi encina? ¿Por qué? Valía casi tanto como la encina de Duchesne de la Sicotière; y la he substituído por la bacanal, el laurel estéril y la pilastra simbólica.

Mientras pronunciaba esas últimas frases con énfasis burlón, pasábamos frente al hotel de su amigo Gaulot, pero no se detuvo ante los picaportes de cobre en forma de Neptuno que relucen sobre la puerta como los grifos de un baño.

—¿No tenías mucha prisa por llegar á casa de Gaulot?

Como si no me oyese, apresuraba el paso. De un tirón llegamos á la calle Matignon, en la cual se internó. Luego detúvose brus-

camente ante una casa grande y triste de cinco pisos. Contemplaba con ansia y en silencio la pared lisa y estucada, en la cual se abrían numerosos balcones.

—¿Vas á estar mucho tiempo aquí?—le dije—. ¿Sabes que en esta casa vive la señora de Cere?

Estaba seguro de que le irritaría aquel nombre de una mujer cuya falsa belleza, cuya famosa codicia y cuya estúpida presunción él había detestado siempre, y de la cual se sospechaba que, ya envejecida y asquerosa, dedicábase á robar encajes en las tiendas.

Pero con voz débil y lastimera me respondió:

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro. ¡Mira! ¿Ves en los balcones del segundo piso esas cortinillas horribles con leopardos rojos?

Meneó la cabeza.

—La señora de Cere... sí, sí; creo que habita en esta casa. Me parece también que asoma en este momento por detrás de uno de esos leopardos rojos.

◦ Sin duda tenía intención de visitarla. Yo le hice notar mi sorpresa.

—En otro tiempo, cuando todo el mundo la encontraba hermosa y decorativa, cuando inspiraba pasiones fatales y amores trágicos, te desagradaba. Entonces decías: «El más leve contacto con esa mujer me produciría una repugnancia invencible. Además, tiene la espalda muy ancha y las muñecas muy gordas.» Y ahora ¿descubres en la ruina de toda su persona uno de esos rinconcitos deliciosos con los cuales debemos contentarnos, como indicabas hace un momento? ¿Qué piensas de la delgadez de su tobillo y de la nobleza de su alma? ¡Una vistosa facha, sin pecho ni caderas, que al entrar en un salón reviraba los ojos y atraía por ese único medio á un sin fin de imbéciles y vanidosos que se arruinan por mujeres que no se atreverían á desnudarse delante de un hombre!

Me detuve un poco avergonzado por hablar tan duramente de una mujer. Pero aquella, que dió pruebas tan palpables de su horrible maldad, merecía el desprecio que me inspiraba, y no pude contenerme. De seguro

no me hubiera expresado como lo hice, sin la certeza de su infamia y de su perfidia. Además, tuve la satisfacción de advertir que Du Fau no había oído ni una palabra de todo ello.

Dijo en voz alta, como si hablase para sí:

—Que vaya ó que no vaya es igual. Desde hace mes y medio, no consigo hacer una visita sin encontrarla. Es verdad que ahora frecuento salones adonde yo no había ido en muchos años y á los cuales vuelvo sin saber por qué. ¡Vaya unas casas!

Le dejé plantado delante de la puerta abierta, sin explicarme la atracción que le detenía. Que Du Fau, á quien horrorizaba la señora de Cere cuando era hermosa, y que había rechazado sus insinuaciones en los años de esplendor, la persiguiera vieja y morfíno-ma, era el efecto de una depravación extraña en mi amigo. Yo afirmara que semejante perversidad sensoria es imposible, si pudiese afirmarse algo en el obscuro dominio de la patología pasional.

Al cabo de un mes, ausentéme de París, sin haber visto nuevamente á Pablo Du Fau. Después de pasar algunos días en Bretaña, fui á Trouville, á casa de mi prima B\*\*\*, que allí vivía con sus hijos. Dedicué la primera semana de mi estancia en Alcyons á dar lecciones de acuarela á mis sobrinas, á manejar las armas con mis sobrinos, y á oír á mi prima tocar al piano música de Wagner.

El domingo por la mañana los acompañé á la iglesia, y mientras ellos oían misa di una vuelta por la ciudad. Seguía la calle donde abundan las tiendas de juguetes y bazares, camino que conduce á la playa, y se presentó ante mi vista la señora de Cere. Dirigiase á las casetas, sola, triste, abandonada, arrastrando los pies como si llevase zuecos. Su vestido humilde y deslucido parecía caerse del cuerpo. Se volvió, y sus ojos hundidos, su mirada apagada y su boca torcida me asustaron. Mientras las mujeres la observaban reojo, ella andaba sola, triste, indiferente.

Sin duda la pobre mujer estaba envenenada por la morfina. Al final de la calle detúvose ante la tienda de la señora Guillot, y

avanzó su mano primorosa para palpar los encajes. En aquel momento su codiciosa mirada me recordó cuanto se decía de sus atrevidos hurtos en los grandes almacenes. La señora Guillot asomóse á la puerta para despedir á unos parroquianos, y la señora de Cere, sorprendida, soltó los encajes, y prosiguió su desolado camino hacia la playa.

—¡Ya no me compra usted nada! ¡Qué mal parroquiano es usted!—exclamó la señora Guillot al verme—. Quiero enseñarle abanicos y alfileres de los que tanto gustan á sus sobrinitas.

Y al ver alejarse á la señora de Cere, meneó la cabeza, como para decir:

«¡Eh! ¿No es una desgracia?»

Elegí algunos alfileres, y mientras la tendera empaquetaba mis compras, vi al través de los cristales á Du Fau, que iba hacia la playa. Andaba muy de prisa, con aspecto preocupado. Como las personas inquietas, se mordía las uñas; y vi que lucía en un dedo el amatista. Aquel encuentro me sorprendió, tanto más cuanto que Du Fau habíame anunciado su viaje á Dinard, donde tiene un ho-

telito y donde corre caballos. Fui á la iglesia para recoger á mi prima, y le pregunté si tenía conocimiento de la estancia de Du Fau en Trouville. Mi prima respondiome afirmativamente, y añadió un poco azorada:

—Nuestro pobre amigo se pone á diario en ridículo; no se aparta de esa mujer. Y realmente...

Se detuvo; luego continuó:

—Es él quien la persigue con insistencia.

¡Una cosa inexplicable!

¡La perseguía!

Pronto pude cerciorarme de que mi prima no exageraba. Du Fau era un verdadero perseguidor de la señora de Cere y del señor Cere, del cual no se sabe aún si es un marido complaciente ó un estúpido. La imbecilidad le ha salvado. Subsisten algunas dudas acerca de su infamia. En otro tiempo aquella mujer hizo verdaderas locuras por agradar á Du Fau, entonces muy complaciente con los matrimonios apurados y fastuosos; pero Du Fau no disimulaba su antipatía, y llegó á decir en presencia de la señora Cere: «Una mujer artificialmente hermosa es más des-

agradable que una fea. De una fea puedo esperar sorpresas gratas; la otra es un fruto lleno de ceniza.» En aquella ocasión la energía del sentimiento elevaba la palabra de Du Fau al estilo de la Santa Escritura. Ya la señora de Cere no se interesaba por él; indiferente ante los hombres, sólo estimaba su jeringuilla de Pravaz y su amiga la condesa V\*\*\*, de la cual no solía separarse; pero no se dieron malas interpretaciones á su intimidación, porque las dos estaban casi moribundas. Du Fau las acompañaba en sus excursiones. Un día le vi cargado con sus abrigos, y con los enormes gemelos del señor Cere. Consiguió, al fin, pasear en lancha con la señora de Cere, y aquello produjo en toda la playa un doloroso regocijo.

Es natural que al verle de tal modo acompañado yo sintiera pocos deseos de acercarme, y como le vi siempre medio sonámbulo, durante los días que estuve en Trouville apenas cambié diez palabras con mi pobre amigo, consagrado en absoluto á la señora de Cere y á la condesa V\*\*\*.

Le volví á encontrar una noche en París



en casa de mis vecinos los señores N\*\*\*, que reciben con amabilidad y distinción. Reconocí en la elegancia discreta del hotelito de la avenida Kleber el delicado gusto de la señora de N\*\*\* y el de Du Fau, con el cual simpatizaba mucho. Era una tertulia íntima, en la cual Du Fau mostraba, como en sus mejores tiempos, su ingenio característico y aquella refinada delicadeza que se transforma, sin saber cómo, en una brusquedad arbitraria. La señora de N\*\*\* es una mujer inteligente y su conversación resulta interesante. Sin embargo, las primeras palabras que oí al entrar, fueron de una frivolidad asombrosa. Un magistrado, el señor Nicoláu, refería detalladamente la conocidísima historia de aquella garita en la cual todos los centinelas se suicidaban, y que fué destruída para poner término al inexplicable contagio. Luego la señora de N\*\*\* me preguntó si yo creía en los talismanes. El magistrado señor Nicoláu evitóme la molestia de contestar, seguro de que yo era supersticioso, puesto que soy incrédulo.

—No se engaña usted—replicó la señora

de N\*\*\*—. No cree ni en Dios ni en el diablo, y le seducen las historias del otro mundo.

Contemplé á la deliciosa mujer mientras hablaba. Yo admiro la belleza encantadora de sus mejillas, de su cuello y de sus hombros; toda su persona es original y atractiva. Ignoro lo que pensaba Du Fau del pie de la señora de N\*\*\*, pero á mí me parecía encantador.

Pablo Du Fau acercóse á saludarme. Observé que ya no llevaba la sortija en el dedo.

—¿Qué has hecho de tu amatista?

—Lo he perdido.

—¿Has perdido el más precioso camafeo de cuantos se grabaron en Roma y en Nápoles?

Sin dejarle tiempo de contestar, el señor N\*\*\*, que no le abandonaba ni un momento, exclamó:

—Sí; es una historia extraña. Ha perdido su amatista.

N\*\*\*, hombre bonachón, confiado, bastante grueso y de una sencillez que á veces hace reír, llamó ruidosamente á su mujer.

—Marta, hija mía: un amigo nuestro ignora que Du Fau ha perdido su amatista.

Y volviéndose hacia mí, prosiguió:

—Es toda una historia. Imagínese que Du Fau nos tenía completamente olvidados. Yo preguntaba frecuentemente á mi mujer: «¿Pero qué le has hecho á Du Fau?» Y ella me respondía: «¿Yo? Nada; no sé nada.» Aquello era incomprensible: y aumentó nuestra sorpresa cuando supimos que andaba prendido siempre á la señora de Cere.

La señora de N\*\*\* interrumpió á su marido:

—¿Pero qué interés puede tener eso?

N\*\*\* insistió:

—Permitame, hija mía. Lo cuento para explicar la historia del famoso amatista. Este verano nuestro amigo Du Fau negóse á ir, como de costumbre, con nosotros al campo, adonde mi mujer y yo le habíamos invitado muy cordialmente; y estuvo en Trouville, en casa de su prima la señora Maureil, donde sin duda se aburrió muy lindamente.

Y como la señora de N\*\*\* protestara, su marido insistió:

—Sí, donde sin duda se aburrió muy lin-

damente. Paseaba en lancha todo el día con la señora de Cere.

Du Fau nos hizo observar que no había una palabra de verdad en todo aquello. N\*\*\* dió un golpecito en el hombro de su amigo y adujo:

—Atrévete á desmentirme.

Después terminó su relato:

—Du Fau paseaba en lancha todo el día con la señora de Cere, mejor dicho, con su sombra, porque la señora de Cere, según cuentan, ya no es ni sombra de lo que ha sido. El señor Cere se quedaba en la playa con sus gemelos. Una de aquellas tardes, Du Fau perdió su amatista. Después de semejante contratiempo, no quiso permanecer en Trouville ni un solo día. Abandonó la playa sin despedirse de nadie, tomó el tren y presentóse en nuestra casa de Eyzies, donde ya no le aguardábamos. Eran las dos de la madrugada. «Aquí estoy», me dijo tranquilamente. ¡Qué original!

—¿Y el amatista?—pregunté.

—Cierto—repuso Du Fau—que se cayó al mar. Descansa entre la suave arena. Por lo

menos á mí ningún pescador me lo ha devuelto en el vientre de un pescado, como es costumbre.

Al cabo de algunos días fuí, como suelo ir con frecuencia, á casa de Hendel, de la calle Chateaudun, para preguntarle si tenía alguna novedad que pudiera convenirme. Sabe que prefiero siempre á todo los bronces y los mármoles antiguos. Abrió silenciosamente cierta vitrina, donde sólo husmean los más entusiastas anticuarios y sacó un escriba egipcio en piedra y de estilo primitivo, ¡una joya! Pero cuando supe su precio, volví á colocar yo mismo en su sitio, no sin dirigirle antes una mirada cariñosa. Vi entonces en la vitrina un sello de lacre; reproducía las figuras que admiré tanto en el camafeo de Du Fau.

Reconocí la ninfa, la pilastra y el laurel. La duda era imposible.

—¿Ha tenido usted el camafeo?— pregunté.

—Lo vendí el año pasado,

—Es una magnífica piedra. ¿Dónde la compró usted?

—Había pertenecido á Marco Dejon, el banquero que se suicidó hace ya cinco años por una señora galante. La señora... quizá la conozca usted... la señora de Cere.